

EL CALVINISMO Y LA EDUCACIÓN

Lorraine Boettner

Una vez más, la historia brinda un claro testimonio de que el Calvinismo y la educación han estado íntimamente asociados. Donde quiera que el Calvinismo ha ido ha llevado consigo la escuela y le ha dado un poderoso impulso a la educación popular. Es un sistema que requiere madurez intelectual. De hecho, podemos decir que su misma existencia está fuertemente vinculada con la educación de la gente. Se requiere entrenamiento mental para llegar a dominar el sistema y seguirle la pista a todo lo que implica. Hace la apelación más fuerte posible a la razón humana e insiste en que el hombre debe amar a Dios no solo con todo su corazón sino también con toda su mente. Calvino sostenía que “una verdadera fe debe ser una fe inteligente”; y la experiencia ha puesto de manifiesto que la piedad sin aprendizaje es, a fin de cuentas, tan peligrosa como el aprendizaje sin piedad. Él vio con claridad que la aceptación y difusión de su esquema de doctrina dependía no solo del entrenamiento de los hombres que iban a exponerlo, sino también de la inteligencia de las grandes masas de la humanidad que habrían de aceptarlo. Calvino coronó su obra en Ginebra con el establecimiento de la Academia. Miles de estudiantes peregrinos de Europa Continental y de las Islas Británicas se sentaron a sus pies y luego llevaron sus doctrinas a todos los rincones de la Cristiandad. Knox regresó de Ginebra plenamente convencido de que la educación de las masas era el baluarte más poderoso del Protestantismo y el fundamento más seguro del Estado. “Con el Romanismo va el sacerdote; con el Calvinismo va el maestro,” es un antiguo dicho cuya veracidad no será negada por nadie que haya examinado los hechos.

Este amor Calvinista por el aprendizaje, poniendo la mente por encima del dinero, ha inspirado a incontables cantidades de familias Calvinistas en Escocia, Inglaterra, Holanda y los Estados Unidos, economizando todo lo que sea posible para poder educar a sus hijos. La famosa máxima de Carlyle, “El que cualquier ser con capacidad para adquirir conocimiento muera en la ignorancia, esto es lo que llamo una *tragedia*,” expresa una idea que es Calvinista hasta la médula. Donde quiera que el Calvinismo ha llegado, allí se han promovido el conocimiento y el aprendizaje y allí ha sido entrenada una raza sólida y resistente de pensadores. Los Calvinistas no han sido constructores de grandes catedrales, pero han sido los edificadores de escuelas, colegios y universidades. Cuando los Puritanos de Inglaterra, los Pactistas de Escocia, y los Reformados de Holanda y Alemania vinieron a los Estados Unidos trajeron consigo no solamente la Biblia y la Confesión de Westminster sino también la escuela. Y esa es la razón por la cual nuestro Calvinismo Americano nunca

“Teme a las manos enclenques de los escépticos,
mientras se halle cerca de su escuela el capitel de la iglesia,
ni teme el gobierno de los intolerantes enceguecidos,
mientras cerca de su iglesia se levanta una escuela.”

Nuestras tres universidades americanas de mayor importancia histórica, Harvard, Yale y Princeton fueron originalmente fundadas por Calvinistas, como fuertes escuelas Calvinistas, diseñadas para darles a los estudiantes una sólida base en la teología lo mismo

que en otras ramas del aprendizaje. Harvard, establecida en 1636, tuvo como propósito, principalmente, ser una escuela de entrenamiento para ministros, y más de la mitad de sus primeras clases de graduados entraron al ministerio. Yale, a la que a veces se hace referencia como “la madre de las universidades,” fue, por un considerable período de tiempo, una rígida institución Puritana. Y Princeton, fundada por los Presbiterianos de Escocia, tenía un riguroso fundamento Calvinista.

“Nos vanagloriamos” dice Bancroft, “de nuestras escuelas comunes; Calvino fue el padre de la educación popular – el inventor del sistema de las escuelas libres.”¹ “Donde quiera que el Calvinismo ganaba dominio,” dice una vez más, “invocaba la inteligencia para la gente y en toda parroquia establecía la escuela común.”²

“Nuestro sistema de escuelas comunes, del cual nos gloriamos,” dice Smith, “está en deuda por su existencia con aquella corriente de influencias que brotaron de la Ginebra de Calvino, pasando por Escocia y Holanda a los Estados Unidos; y, durante los primeros doscientos años de nuestra historia toda universidad y seminario de aprendizaje, y casi cada academia y escuela común, fueron edificados y sustentados por Calvinistas.”³

La relación que el Calvinismo tiene con la educación ha sido bien declarada en los dos párrafos siguientes por el Prof. H. H. Meeter, del Calvin College: “La ciencia y el arte fueron los dones de la gracia común de Dios, e iban a ser usados y desarrollados como tales.” La naturaleza fue vista como la obra de Dios, la encarnación de Sus ideas, en su forma pura del *reflejo de Sus virtudes*. Dios era el pensamiento unificador de toda ciencia, puesto que todo era el desenvolvimiento de Su plan. Pero, junto con tales razones teóricas, hay razones muy prácticas por las cuales el Calvinista siempre ha estado intensamente interesado en la educación, y porque las escuelas para los niños, lo mismo que las escuelas de educación superior, se erigieron al lado de las iglesias Calvinistas, y porque los Calvinistas se hallaban, en gran parte, a la vanguardia del moderno movimiento de la educación universal. Estas razones prácticas se hallan íntimamente asociadas con su religión. Los Católicos Romanos podrían arreglárselas de manera conveniente sin la educación de las masas. Para ellos el clero – a diferencia del laicado – eran aquellos que habían de decidir sobre asuntos relacionados con el gobierno de la iglesia y la doctrina. Por ende estos intereses no requerían el entrenamiento de las masas. Para la salvación, todo lo que el laico necesitaba era una fe implícita en lo que creía la iglesia. En los servicios no era el sermón, sino el sacramento, el transmisor importante de las bendiciones de la salvación. El sermón era menos necesario. Y una vez más este sacramento no requería inteligencia, puesto que funcionaba *ex opere operato*.

“Para el Calvinista el asunto era exactamente a la inversa. El gobierno de la iglesia era colocado en las manos de los ancianos, los laicos, y estos tenían que decidir respecto a los asuntos de la política de la iglesia y los importantes asuntos relacionados con la doctrina. Además, el laico en sí tenía la tremenda responsabilidad, sin la intermediación de un orden sacerdotal, de realizar, de hacer madurar, su propia salvación, y no podía bastar con una fe

¹ Miscellanies, p. 406.

² Historia de los Estados Unidos, II, p. 463.

³ El Credo de los Presbiterianos, p. 148.

implícita en lo que creía la iglesia. Él debe leer su Biblia. Debe conocer su credo. Y si erraba en aquello lo hacía como un gran intelectual. Incluso para los Luteranos, la educación de las masas no era tan urgente como para los Calvinistas. Es cierto que los Luteranos también colocaban a todo hombre ante la responsabilidad personal de realizar, hacer madurar, su propia salvación. Pero, en los círculos Luteranos, el laicado era excluido del oficio del gobierno de la iglesia y por ende también de la responsabilidad de decidir con respecto a asuntos relacionados con la doctrina. A partir de estas consideraciones es evidente la razón por la cual el Calvinista debe ser un acérrimo defensor de la educación. Si por un lado Dios iba a ser tenido como soberano en el campo de la ciencia, y si el mismo sistema religioso de los *Calvinistas* demandaba la educación para su existencia, no debe extrañarnos que el Calvinista impulsara al máximo el aprendizaje. Para el Calvinista la educación es un asunto de ser o no ser.”⁴

Los elevados estándares tradicionales de las Iglesias Reformadas y Presbiterianas para el entrenamiento ministerial son dignos de destacar. Mientras que muchas otras iglesias ordenan hombres como ministros y *misioneros*, y les permiten predicar con muy poca educación, las Iglesias Presbiterianas y Reformadas insisten en que el candidato para el ministerio deba ser un graduado universitario y que haya estudiado al menos dos años bajo la tutela de algún profesor de teología reconocido. (Ver Forma de Gobierno, Cap. XIV, sec. III y VI.) Como resultado una mayor proporción de estos ministros ha sido capaz de manejar los asuntos de las influyentes iglesias urbanas. Esto puede significar menos ministros, pero también quiere decir un ministerio mejor preparado y mejor pagado.

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org

⁴ Los Principios Fundamentales del Calvinismo, p. 96-99.